

Variaciones sobre el exilio: Rafael Alberti y María Zambrano

*Variations on Exile: Rafael Alberti
and María Zambrano*

Dra. Ethel Junco

Dr. Claudio César Calabrese

Dra. Ethel Junco

Profesora investigadora del Instituto de Humanidades. Universidad Panamericana. Aguascalientes. México. Investigadora del Sistema Nacional de investigadores Nivel I. Miembro de la línea de investigación de hermenéutica de la cultura: "Mito, conocimiento y acción".

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3369-0576>

Contato: ejunco@up.edu.mx
México

Dr. Claudio César Calabrese

Profesor investigador del Instituto de Humanidades. Universidad Panamericana. Aguascalientes. México. Investigador del Sistema Nacional de investigadores Nivel II. Director de la línea de investigación de hermenéutica de la cultura: "Mito, conocimiento y acción".

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9844-3368>

Contato: ccalabrese@up.edu.mx
México

Recebido em: 09 de janeiro de 2025

Aceito em: 25 de fevereiro de 2025

doi.org/10.11606/issn.2317-9651.i30p107-134

Palabras clave: Rafael Alberti;
María Zambrano; Exilio;
Identidad; Razón poética.

Keywords: Rafael Alberti;
María Zambrano; Exile;
Identity; Poetic reason.

Resumen: Este estudio explora el exilio como símbolo desde la perspectiva hermenéutica de Paul Ricoeur, en dos figuras clave de la Generación del 27: Rafael Alberti y María Zambrano. En *Marinero en tierra* (1924), Alberti expresa su arraigo y anticipa su forma de enfrentar el exilio, mediante el amor y la conexión con la tierra. Por su parte, Zambrano desarrolla una fenomenología del exilio en obras como *Filosofía y poesía* (1939), *Hacia un saber sobre el alma* (1950) y *El hombre y lo divino* (1955), y vincula esta experiencia a su método de razón poética. El exilio como clave de interpretación representa la separación del ser humano respecto de un estado originario de plenitud, en conexión con el mito del paraíso perdido. Más allá de la dimensión territorial, simboliza una fractura en la identidad y en el sentido de pertenencia. En Alberti y en Zambrano, el exilio se confirma como pérdida del centro espacial y del tiempo colectivo; esta experiencia define sus respectivas obras.

Abstract: This study explores exile as a symbol from Paul Ricoeur's hermeneutic perspective in two key figures of the Generation of '27: Rafael Alberti and María Zambrano. In *Marinero en tierra* (1924), Alberti expresses his deep-rooted connection and anticipates his way of facing exile through love and a bond with the land. Zambrano, in turn, develops a phenomenology of exile in works such as *Filosofía y poesía* (1939), *Hacia un saber sobre el alma* (1950), and *El hombre y lo divino* (1955), linking this experience to her method of poetic reason. Exile, as a key to interpretation, represents the human being's separation from an original state of fulfillment, echoing the myth of the lost paradise. Beyond its territorial dimension, it symbolizes a rupture in identity and the sense of belonging. In Alberti and Zambrano, exile is confirmed as both a loss of spatial center and collective time; this experience defines their respective works.

Con la intención de explorar el exilio como símbolo en figuras representativas de la Generación del '27, reunimos a dos autores marcados por esta experiencia. En primer lugar, Rafael Alberti, cuya obra inicial, *Marinero en tierra* (1924), expresa el sentimiento de arraigo y anticipa su manera de afrontar el exilio a través del amor y la conexión con la tierra; a continuación, María Zambrano y su compleja fenomenología del exilio, considerada en especial a través de *Filosofía y poesía* (1939), *El hombre y lo divino* (1955) y *Hacia un saber sobre el alma* (1950). No obstante, recurrimos a otras obras representativas de los autores cuando resulta necesaria ejemplificación o la ampliación de las ideas expuestas. Para presentar el testimonio de Alberti recurrimos a su obra lírica; para exponer las ideas de Zambrano recurrimos a su obra ensayística y a su aporte fundamental, la noción de razón poética que asociaremos a la semántica del exilio.

Ambos escritores, que comparten espacios de formación y posiciones políticas más o menos radicales, encuentran un punto de confluencia en la prueba del exilio, a partir del cual producen testimonios originales (Forneron, 2021, p. 323). Cada uno, en su contexto y con sus medios de expresión, manifiesta una postura ética y demuestra su capacidad de pensamiento independiente; al hacerlo, no solo dejan testimonio para sus contemporáneos, sino también para las generaciones futuras.

Seguimos la perspectiva del exilio de Paul Ricoeur entendido como “símbolo primario de la alienación humana” (1988, p. 181 et. seq.), en relación del mito del paraíso perdido. Ricoeur, en su enfoque hermenéutico, considera que este concepto expresa de manera fundamental la separación

del ser humano respecto de un estado originario de plenitud, identidad y arraigo. Esta noción de exilio se articula en dependencia del mito del paraíso perdido, que representa una narración fundacional sobre la pérdida de un estado de armonía original y la consecuente situación de separación, sufrimiento y búsqueda de retorno. El exilio simboliza esta experiencia porque implica una ruptura con un hogar primigenio, tanto en sentido literal (territorial) como en un sentido existencial (identidad, sentido de pertenencia). Desde esta perspectiva, el ser humano es un exiliado en la medida en que su existencia está marcada por la distancia entre lo que es y lo que debería o quisiera ser.

La evocación del paraíso tiene significado ambivalente, como principio de ruptura y como objeto de deseo. La fuerza del símbolo se manifiesta en los niveles de significado que suscita, en interrelación y potenciación: el símbolo mítico de carácter comunitario encarna en cada individuo y, luego, en el conjunto de ellos; así, de una concepción religioso-cultural que enseña que hemos sido expulsados de un lugar ideal, de abundancia y felicidad, cada uno en su vida personal siente y confirma, a medida que crece, que va perdiendo su condición de inocencia y plenitud. La doble pérdida produce un estado irremediable de nostalgia por el tiempo pasado, ya mítico, ya existencial. Pero, además, puede presentarse una tercera dimensión del estado de exilio: es el exilio político o autoexilio de quienes, por razones ideológicas, no pueden o no quieren vivir bajo condiciones que vulneren su libertad y capacidad de expresión. Estos tres niveles de significado se sostienen en tres niveles de desarraigo que pueden integrarse en forma concéntrica.

Es preciso recordar que, en el momento de componer *Marinero en tierra*, Alberti aún no había vivido el exilio político fuera de España que expresará en obras posteriores. No obstante, en su expresión subjetiva marca la imposición de un estilo (Carvalho, 2016, p. 137) y acentúa la relación del hombre con su tierra como un vínculo consustancial. El poemario de Alberti funciona como un presupuesto, una anticipación de la imposibilidad de ser fuera de la propia tierra. En el caso de Zambrano, cuando elabora su reflexión sobre el exilio, ya sobre la experiencia en curso, es decir, a partir de 1939, confirma en primera persona las consecuencias del involuntario desarraigo y las asume como clave de transformación; su noción de razón poética, por la que se la reconoce en el ámbito académico, es respuesta a ello. La permanencia fuera de España de treinta y ocho años para Alberti y de cuarenta y cinco para Zambrano convierte al exilio en matriz que obliga a hacerse y rehacerse a través de él.

EXPERIENCIAS, TEXTOS, CLAVES

Rafael Alberti

Nacido en El Puerto de Santa María, en Cádiz, Rafael Alberti expresó su nostalgia por el mar como correlato de España a lo largo de toda su escritura (Pelosi, 2017, p. 279). Luego de la partida de su bahía de origen hacia las sierras de Guadarrama, motivada por cuestiones de salud, comenzó a escribir los poemas que integran *Marinero en tierra*, obra que expresa el retorno al estado de inocencia original. En 1953, en *Cádiz, sueño de mi infancia*, expresa:

“Yo te miraba, oh, Cádiz, bahía de los mitos / arsenal de mi infancia [...] Oh, sí, yo te miraba, cuantas veces volcado / u orante, de rodillas, sobre las resbaladas / blanduras de mis médanos, desnudo, abriendo hoyos / de los que el mar salía pequeño, [...] ¡Oh, gaditano mar de los perdidos / Atlantes, vesperales jardines de la espuma, / islas desvanecidas del Ocaso!, ya oscuro en tus orillas, me acunaban, cantándome” (Alberti, 1998, p. 309).

Alberti obtiene su primer reconocimiento poético, el Premio Nacional de Literatura de 1925, con *Marinero en tierra*, un poemario marcado por el tono de los cancioneros renacentistas y por la impronta de la poesía popular. Como escribe Juan Ramón Jiménez, que le dirige el 31 de mayo de 1925: “Poesía ‘popular’, pero sin acarreo fácil; personalísima: de tradición española, pero sin retorno innecesario: nueva, fresca y acabada a la vez; rendida, ágil [sic], graciosa, parpadeante, andalucísima” (Alberti, 1998, p. 14). *Marinero en tierra* refleja la nostalgia del joven alejado de su región que reniega de la vida urbana y anhela el regreso; con una ingenuidad aparente, sienta las bases para una poesía del desarraigo y de la desesperanza en el porvenir. El mundo se pone a prueba; el tanteo del propio dolor anticipa la actitud ante la vida que todavía no llega.

El premio marca su entrada en el universo artístico de la vanguardia española (García Chacón, 2024, p. 31) y lo lleva a compartir destinos con los mayores nombres literarios del siglo: Federico García Lorca, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Miguel Hernández, José Bergamín —a quien lo unirá una fecunda amistad (Melero Mascareñas, 2021)— para mencionar algunos. Posteriormente, y

entre avatares existenciales, el poeta continuó escribiendo y participando en la vida pública española que se dirige hacia el abismo del conflicto civil. Desde 1930, junto a María Teresa León, tendrá activa vida política, como lo muestra la fundación de la revista *Octubre*, su afiliación al Partido Comunista y su interacción con las asociaciones literarias de izquierda en América (Kharitonova, 2020, p. 100).

Con el fin de la guerra, debió abandonar su país; se exilió en Francia y luego en Chile, amparado por su amigo Pablo Neruda. Llega a Argentina en 1940, en donde estará veinticuatro años; en 1963, partirá hacia Italia, para permanecer catorce años más antes de regresar a España en 1977. En todo ese periplo, expresa la añoranza por su patria atormentado por el deseo de volver a los orígenes de su bahía gaditana (López Castro, 2005, p. 127). Paulatinamente, recibe múltiples reconocimientos, entre ellos, el Premio Cervantes en 1983, y se convierte en la figura más longeva de la generación de '27 en dar testimonio en favor de la democracia y de la libertad. Alberti muere en 1999 en la casa de El Puerto de Santa María que había dejado cuando marchó al norte; la muerte lo reencuentra con la geografía deseada de *Marinero en tierra*.

El exilio continuo

En la obra precoz que nos ocupa, el poeta expresa la necesidad de volver al punto de partida, condensado en el mar de la infancia gaditana, que se constituye en un espacio sagrado: “Gimiendo por ver el mar / un marine-rito en tierra / iza al aire este lamento” (Alberti, 1998, p. 17); pero, dada su

condición de “perdido”, debe empezar a buscarse más allá, acaso hacia el futuro, como realización histórica o en alguna forma de trascendencia. El sentir del poeta se tensa entre lo real y lo irrealizable; solo el sueño resulta habitable como vía de recuperación del paraíso “En sueños, la marejada / me tira del corazón. / Se lo quisiera llevar” (Alberti, 1998, p. 17).

El estado de división define *Marinero en tierra*, cuyo título describe el dualismo del ser en este mundo, ser de tierra y de mar, ser de esta tierra o de otra: “¡Qué altos / los balcones de mi casa! / Pero no se ve la mar / ¡Qué bajos!” (Alberti, 1998, p. 19). El hombre siempre está obligado a marchar entre las restricciones de su naturaleza: “–¿Adónde vas, marinero / por las calles de la tierra? / – ¡Voy por las calles del mar!” (Alberti, 1998, p. 21); pero, también puede ser la excepción, porque su temple salta los obstáculos: “Pirata de mar y cielo, / si no fui ya, lo seré. / Si no robé la aurora de los mares, / si no la robé, / ya la robaré” (Alberti, 1998, p. 19).

El poemario intenta anular la distancia entre lo real y lo irrealizable; las imágenes llevan al antiguo estado de convivencia, más aún, de fusión: “Retorcedme sobre el mar, / al sol, como si mi cuerpo / fuera el jirón de una vela. (...) / Le di mi sangre a los mares. / ¡Barcos, navegad por ella! / Debajo estoy yo, tranquilo” (Alberti, 1998, p. 23); el libro celebra la imposibilidad de que el tiempo, el mundo o los demás nos arrebatan lo que amamos.

Recuérdame en alta mar, / amiga, cuando te vayas / y no vuelvas. / Cuando la tormenta, amiga, / clave un rejón en la vela. / Cuando, alerta, el capitán / ni se mueva. / Cuando la telegrafía / sin hilos ya no se entienda. / Cuando ya al palo-trinquete / se lo trague la marea. / Cuando en el fondo del mar / seas sirena (Alberti, 1998, p. 24).

Esta idea, arraigada en el poder creador del acto poético, hace que el libro sea más una celebración que una expresión de melancolía. Cuando la voz del poeta clama y reclama una huella de su tierra o de su pasado inmediato, no solo llora su ausencia, sino que también afirma una nueva forma de posesión: “—¿Qué piensas tú junto al río, / junto al mar que entra en tu río? / —Aquellas torres tan altas, no sé si torres de iglesias / son, o torres de navío. /—Torres altas de navío.” (Alberti, 1998, p. 26); el acto poético define la realidad sin mácula. En este sentido, la sensación del exilio se convierte en motivo de refugio y amparo de lo personal, valorado y amado. Así como el paraíso representa la unidad originaria, la comunión con Dios, con la naturaleza y con el otro, la expulsión simboliza la fractura y la caída en la condición humana actual, caracterizada por el sufrimiento, el trabajo, el conflicto y la distancia de un sentido pleno. Pero el deseo de retorno a ese estado perdido da forma a las narrativas filosóficas, religiosas y políticas, que buscan restaurar una armonía original. Con la certeza de la caída que se inserta en un pasado de inocencia (Ricoeur, 1988, p. 385), el poeta trata de amparar lo amado a través de su canto, lo separa del devenir propio de las circunstancias materiales y lo eterniza: “Zarparé, al alba, del Puerto, / hacia Palos de Moguer, / sobre una barca sin remos. / De noche, solo, ¡a la mar! (Alberti, 1998, p. 25).

Más que experiencias, la memoria triste del marinero fuera de su elemento evoca las rutas de regreso: “Si mi voz muriera en tierra, / llevadla al nivel del mar / y dejadla en la ribera” (Alberti, 1998, p. 27). Evoca la infancia por su excelencia y la juventud por su apertura a todas las posibilidades, el terruño porque guarda las promesas hechas al yo del futuro, el mar porque

simboliza lo ilimitado del misterio, la vida misma en sus abismos: “¡Quién cabalgara el caballo / de espuma azul de la mar! / De un salto / ¡quién cabalgara la mar! / ¡Viento, arráncame la ropa! / ¡Tírala, viento, a la mar! De un salto, / quiero cabalgar la mar.” (Alberti, 1998, p. 26).

El lugar de origen como un semillero de la existencia guarda las claves del sentido de la propia vida: “Barquero yo de este barco, / sí, barquero yo. / (...) Rema, niño, mi remero. / No te canses, no. / Mira ya el puerto lunero, / mira, miralo.” (Alberti, 1998, p. 33); anhelar el retorno es la emoción más genuina de todo hombre, de todo desterrado. Vientre materno, jardín de paz, lo cierto es que no hay felicidad sin regreso: “¡Tan bien como yo estaría / en una huerta del mar, / contigo, hortelana mía! (...)” (Alberti, 1998, p. 18). Y, presidiendo el conjunto de emociones, el mar, el dios más poderoso para un hombre nacido a la vera del Mediterráneo: “El mar. La mar. / El mar. ¡Sólo la mar! (Alberti, 1998, p. 17). El yo poético se sitúa entre opuestos siendo él mismo contradicción: es joven en tierra, pero añora al niño en el mar; y el mar es masculino y, a la vez, femenino.

La presencia del mar como símbolo de lo que no puede capturarse y se expande en infinitas formas —como la vida misma— se impone como signo político de identidad para la generación que representa. Sus versos han sido considerados premonitorios para los eventos que se sucederían; la partida de su tierra natal hacia otro territorio dentro de España constituye un cauce que sostendrá su obra futura (Martos Carrera, 2009, p. 140).

El origen del sentimiento de exilio no se reduce a la pérdida de bienes materiales y tangibles, sino a una expulsión abrupta de un espacio, tanto

físico como simbólico, donde la vida transcurría de forma natural y sin cuestionamientos. El desarraigo se precipita cuando se interrumpen las vivencias familiares del lugar de pertenencia. Ese lugar natural, al perderse, se convierten un espacio fantástico de la memoria y del anhelo; la más poderosa, en este caso, es la memoria del mar, el lugar donde todo será posible, una vez que sea recuperado. En *Marinero en tierra*, el discurso elegíaco transforma el pasado en materia de invención poética, un nuevo espacio vital donde lo amado recupera su presencia. La memoria, como conciencia del tiempo transcurrido, tiene el poder de traerlo de vuelta; por ello, el poeta recurre a la elegía, una composición que expresa la pérdida en el ámbito individual (López Castro, 2005, p. 135). A partir de entonces y en lo sucesivo de la obra de Alberti, el mar será rememorado desde otros paisajes marítimos, siempre pleno de energías evocadoras del origen, el Mediterráneo y el mar de Cádiz (Balcells, 2005, p. 27).

En obras posteriores de Alberti, confirmamos que el prolongado exilio define su estado anímico. Durante el período de la guerra, ello queda demostrado en *El poeta en la calle* (1931-1936): “Madrid, corazón de España / que es de tierra, dentro tiene / si se le escarba, un gran hoyo / profundo, grande, imponente / como un barranco que aguarda. / Sólo en él cabe la muerte” (Alberti, 1998, p. 172). En *Entre el clavel y la espada* (1939-1940), al invocar su propia palabra poética, encabeza los poemas con la descripción de un estado forzado: “Después de este desorden impuesto, de esta prisa, / de esta urgente gramática necesaria en que vivo” (Alberti, 1998, p. 215); junto al período de participación en el Partido Comunista y de mayor defensa de la Segunda República, reflejada en una poesía comprometida y activista, está presente la nostalgia de una

patria, si no perdida, siempre amenazada: “Eras jardín de naranjas. / Huerta de mares abiertos. / Tiemblo de olivas y pámpanos, / los verdes cuernos. / Con pólvora te regaron. / Y fuiste toro de fuego” (Alberti, 1998, p. 223). El toro de España está luchando por su vida: “¡Ay, a este verde toro / le están achi-charrando, ay, la sangre! / Todos me lo han cogido de los cuernos / y quieras que no me lo han volcado / por tierra, pateándolo, / extendiéndolo a golpes de metales candentes, / sobre la mar hirviendo” (Alberti, 1998, p. 224).

La partida a Francia en 1939 y el posterior traslado a Argentina, da lugar a una poesía de la resistencia ante la realidad y de añoranza por el desarraigo; desde París, dirá: “Mis ventanas /ya no dan a los álamos y los ríos de España” (Alberti, 1998, p. 226). El sentido de la pérdida y la mirada hacia el pasado dominan sus obras, en especial, los poemarios surgidos entre 1944 y 1954: *Pleamar* (1942-1944), *Retornos de lo vivo lejano* (1948-1952), *Ora marítima* (1953) y *Baladas y canciones del Paraná* (1953-1954). En ellos, el poeta se traslada a confines no espaciales, lugares de la interioridad hasta donde va para volver sin ilusión; el tiempo ficticio de permanencia en la memoria le ofrece, por un momento, lo que claramente ha extraviado. La patria lejana se percibe como paraíso perdido, que se invoca permanentemente; así, ante el nacimiento de su hija Aitana en Argentina: “Aquí ya la tenéis, ¡oh, viejas mares mías! / Encantádmela tú, madre mar gaditana. / Es la recién nacida alegre de los ríos / americanos, es la hija de los desastres” (Alberti, 1998, p. 244).

El nuevo mundo no se presenta sino como opuesto; el hemisferio austral aparece completamente trastocado. El sentimiento del exilio lo envuelve, más

allá de cuáles sean los objetos externos; todo se revela alterado, no importa su belleza: “Aquí, amarillos / astros de otoño a punto de caerse; / y por allí caída, y bien caída / de los verdes castillos / del naranjal, la fiel, redonda dama, / que antes de adolecerse / de sí misma, se entrega, pura / en llama” (Alberti, 1998, p. 248). Insistentemente, el paisaje argentino es un salto al español, no por analogías, sino por la omnipresencia de este. La patria está en el cielo: “Hoy las nubes me trajeron, / volando, el mapa de España”; y se reconstruye sobre huellas de agua familiares: “Yo, a caballo, por su sombra / busqué mi pueblo y mi casa. / Entré en el patio que un día / fuera una fuente con agua. / Aunque no estaba la fuente, / la fuente siempre sonaba. / Y el agua que no corría / volvió para darme agua” (Alberti, 1998, p. 316). El sueño de volver a caballo a la casa y a la fuente de agua solo confirma la ausencia (García Montero, 2003, p. 362). El sentimiento de exaltación de la patria se sublima de tal modo que impide la relación con lo demás; cada vez más pura, la patria se siente más lejana: “Siempre esta nostalgia, esta inseparable / nostalgia que todo lo aleja y lo cambia” (Alberti, 1998, p. 316).

Del mismo modo, el estado anímico se mantiene en Italia, país al que viaja por su proximidad con España y por la seguridad europea. La nostalgia se intensifica en amargura ante un mundo cerrado:

En Roma o en París, / Nueva York, Buenos Aires, Madrid, Calcuta, El Cairo / en tantísimas partes todavía, / hay arpilleras rotas / destrozados zapatos adheridos al hueso / (...) rugosidades trágicas, signos que acusan, gritan / aunque no tengan boca, / callados alaridos que lastiman / tanto como el silencio (Alberti, 1998, p. 345).

El poeta condensa el desasosiego ante el paso del tiempo, la muerte, el exilio y la incertidumbre política y social en *El desvelo, Diario de la noche* (1970-1971), cuando, hastiado de toda la banalidad que lo rodea, entra en diálogo con su ser perdido y apela:

¡Ooooh! ¡Aaaaayyy! En la noche. Todas las noches. Deseo, quiero tirar todo. Romper todo. Vamos ¡Valor! [...] ¡Ah! Llévame de la mano, tú, mi pequeño Rafael Alberti. Allí abajo está el mar. La playa, la arena, de cuando no había cartas, ni periódico, ni radio, ni catálogos de exposiciones ni tanta muerte, tanta velocidad para hablar sólo de muerte (Alberti, 1998, p. 351).

El largo transitar por el exilio y la vida dedicada a cantarlo culminan en un estado de amarga comprobación. La alienación ricoeuriana se cumple como condición del ser humano; la ruptura entre el yo y su origen se padece a nivel existencial, en el extrañamiento del mundo, en el estado de sufrimiento causado por las distintas, pero constantes, formas de desplazamiento y exclusión que marcan la vida. Quizás por esa convicción, cuando regresa a España en 1977, su tono poético se vuelve más intimista, en paradoja con su vida pública, expuesta y resonante.

Alberti ha poetizado la experiencia del exilio a partir de los elementos simples que constituyen sus primeras vivencias y que se vuelven absolutos después de perderlos: barca, escollera, viento, blusa, ribera, mástiles, mar, sustancias de su memoria, que, a través de la palabra poética, se universalizan.

María Zambrano

En los años en que Alberti es consagrado por *Marinero en tierra*, María Zambrano inicia su vida universitaria en Madrid, a la vera de José Ortega y Gasset, Manuel García Morente y Xavier Zubiri (Moreno Sanz, 2014). Rodeada de estudiantes y artistas, se integra en los círculos intelectuales de la época y se relaciona con las organizaciones políticas republicanas; participa en las revistas literarias de vanguardia y en la prensa. Entre 1929 y 1933, publica *Horizonte del liberalismo* y asiste a tertulias literarias; participa, además, en las Misiones Pedagógicas y en la política de partidos. 1934 es un año clave porque ingresa en la órbita de Ortega y Gasset y de la *Revista de Occidente*, en la cual publica dos textos que marcan su inicio creativo como pensadora, “Por qué se escribe” y “Hacia un saber sobre el alma” (Ortega Muñoz, 2004).

Colabora en la redacción del manifiesto fundacional de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, junto con José Bergamín y Rafael Alberti. En 1937 y mientras se encuentra en Chile, se ocupa de una antología del recientemente asesinado Federico García Lorca; es la época de *Los intelectuales en el drama de España*, en cuyos ensayos desarrolla la reflexión sobre la guerra (Zambrano, 1998, p. 131 y ss). Es entonces cuando se incorpora a la revista *Hora de España* y traba un vínculo fraterno con Emilio Prados, Rafael Dieste, Juan Gil-Albert, Ramón Gaya y Antonio Sánchez Barbudo; entre sus escritos, relacionados con la misión de los poetas en la república, Zambrano se ocupa con mucho detenimiento de Antonio

Machado, Miguel de Unamuno y Emilio Prados, y se dedica con atención a Rafael Alberti. En un artículo del 12 de diciembre de 1987, titulado “Lo intacto”, señala:

Conocí a Alberti en persona mucho después que poéticamente (...). Alberti siempre pertenecerá a los de su especie, los ángeles, que aparecen y permanecen en su esencia; intocables por los acontecimientos porque en lo más profundo hay luz y un profundo reconocimiento que siempre subyace (Zambrano, 1987, p. 12).

Durante la primera etapa de su exilio y hasta el fin de la Segunda Guerra (1939-1945), Zambrano reflexiona sobre la experiencia de los desterrados y despliega su gran aporte filosófico, la razón poética, entendida como método para superar la crisis del racionalismo contemporáneo. Ya lejos de España, inicia una labor sostenida y coherente en la cual articula la condición del exilio con la necesidad de integrar lo marginado, entendido también como otras formas de pensar (Sánchez Cuervo, 2004; Pagni, 2011).

Desde 1939, comienza con sus compilaciones de ensayos: primero, *Pensamiento y poesía en la vida española* y *Filosofía y poesía* (1939), *La confesión, género literario y método* y *El pensamiento vivo de Séneca* (1943), *La agonía de Europa* (1945); el programático *Hacia un saber sobre el alma* (1950) y un texto ambicioso e integrador de su todo su proyecto, *El hombre y lo divino* (1955). Entre otros, seguirán *Persona y democracia* (1958) y la gran obra de la guerra civil y de los condenados, *La tumba de Antígona* (1967). Ya en el final de su prolífica vida, textos de síntesis mística que ponen en práctica la razón poética: *Claros del bosque* (1977), *De la aurora* (1986), *Notas de un*

método (1989) y *Los bienaventurados* (1990), *Delirio y destino* (publicado en 1989, pero escrito entre 1920 y 1930).

La obra de la autora, mucho más abundante que lo aquí señalado, nace de las condiciones de sus viajes, a veces, inciertas, otras precarias, que la llevaron por Francia, México, Cuba, Puerto Rico, Italia y Suiza, hasta su retorno a España en 1984. La carga personal del exilio, testimoniada con análisis asombroso en sus textos y estudiada con cuidado por la crítica, no constituye objeto de este enfoque.

Exilio y método: la razón poética

Desde sus primeros ensayos, María Zambrano propone una alternativa a la razón cientificista a través de su método de la razón poética. Frente a la razón instrumental y analítica propia del cientificismo, que fragmenta el conocimiento y deja de lado la dimensión subjetiva y experiencial del ser humano, Zambrano plantea una forma de conocimiento más integradora. La razón poética busca reconciliar la lógica con la intuición, el pensamiento con la sensibilidad y el conocimiento con la existencia. Se trata de una razón que no solo explica, sino que también comprende y otorga sentido, permitiendo una aproximación más profunda a la realidad a través de la experiencia, el arte y la emoción. En este sentido, su propuesta rescata la importancia de la metáfora, el símbolo y la expresión poética como vías legítimas de acceso al conocimiento y a la verdad.

Según la autora, la omnipotencia de un modelo racionalista de la filosofía, que vulnera la noción de persona, esencial para la democracia, conduce al

siglo de los totalitarismos. Las obras publicadas entre 1930 y 1939 reflexionan desde esta perspectiva y exhortan a la misión del intelectual ante los acontecimientos sociohistóricos. Zambrano ensalza la acción de las generaciones del '98 y del '27 como los movimientos que, mediante lenguajes artísticos, se insertaron en su época y produjeron una reflexión activa. Ella misma adhiere proponiendo la recuperación de la conciencia histórica del europeo, y del español en especial, para reformar un modelo de entendimiento que ha roto la relación del ser humano con la vida y la historia. Poco a poco, va configurando la noción de razón poética como forma de considerar e incluir los aspectos singulares en los procesos personales e históricos; frente al idealismo imperante en el panorama europeo, propone un acceso complementario para la razón discursiva, en el cual la imaginación permita comunicar y manifestar el calado de la intimidad y cuya expresión más acabada sea la poesía.

A diferencia del filósofo o del científico, que emplean métodos de investigación, el poeta contempla y recibe la realidad. La poesía es heurística: parte de la experiencia, la observa y aprende de ella. Aunque la experiencia puede ser laberíntica, su contemplación traza un camino que se inscribe en el alma del ser humano. Cuando la experiencia logra ser contemplada, la poesía ofrece un saber por reflejo, una imagen. La razón poética, como el reverso de la razón discursiva propia del modelo cientificista y racionalista, no busca imponerse, sino enriquecer y fortalecer una visión del mundo que, de otro modo, quedaría esterilizada. La razón poética, en lugar de partir del dato de la realidad exterior, comienza en el recogimiento de la interioridad —los *ínferos* o entrañas zambranianos— para engendrar en la conciencia,

mediante un *logos* completo. La vía culmina cuando las intuiciones profundas se vuelven comprensibles a la razón (Zambrano, 1986, p. 72-73).

La noción de exilio en el pensamiento de Zambrano, basada en un *a priori* existencial e histórico, se materializa en su elección de la razón poética como método. Este enfoque se sitúa en un espacio fronterizo entre el sentir y el pensar, con el propósito de reparar las restricciones que la razón pura ha impuesto a la vida del ser humano común, una vida que los poetas reivindican y rescatan. Así como, en sentido ricoeuriano, todos estamos exiliados del paraíso, la razón dominante en un momento histórico ha desterrado las formas de conocimiento más entrañables y que darían cuenta acabada de la comprensión de lo que somos, es decir, que permitirían un retorno al estado original, anterior a la caída. El diseño de esta modalidad de pensamiento se fue forjando desde el despertar de su vocación filosófica y se afianzó a partir de su salida de España.

En el alma del ser humano, habitan formas no dichas de saber que aguardan otro *logos*, ajeno a la razón, pero deseoso de revelarse. La razón poética pretende iluminar esa hondura de las entrañas, los *ínferos*, corazón o centro vital, para permitir el ascenso de tal intimidad; Zambrano se sostiene en la convicción agustiniana de que el alma es sede de una verdad trascendente a ella misma (Zambrano, 1987, p. 43-44). Esos saberes han sido excluidos del gran discurso filosófico porque no pueden sistematizarse; se marginalizan y descalifican por su subjetividad, imposible de abarcar en el raciocinio científico (Zambrano, 2011, p. 101). La filosofía moderna teme la pluralidad porque no tiene forma de capturarla; se ha comportado violentamente desde Platón en adelante, signando el saber oficial al discurso del ser y subordinando la multiplicidad

de las apariencias a falsedad. La violencia de la filosofía se expresa en su división de la poesía, en su aislamiento de la religión, en la negación de otras formas de conocimiento distintas a ella (Zambrano, 2011, p. 120). Cuando la filosofía elige la violencia como modo de poder, reniega del amor que está en su esencia —*philos*— y sustituye su afán de conocimiento por su sed de dominio, omitiendo definitivamente la percepción de lo sagrado en el mundo (Lizaola, 2008). El resultado es claro en la historia.

Sin embargo, en el pasado, han existido modos de rescatar las expresiones de la interioridad y de ello queda testimonio en géneros como las cartas, las guías, la confesión y el mismo delirio —de la tragedia griega, del oráculo previo al parlamento, del sueño contrario a la vigilia— como canales válidos y pendientes (Zambrano, 1987, p. 98). Por eso, la poesía, que intenta de salvar del devenir las apariencias sensibles, que acepta que todas las cosas son poetizables, queda al margen del conocimiento en la historia europea. No obstante, para Zambrano la poesía cumple un papel cognoscitivo previo a toda síntesis filosófica; de ahí, la importancia que otorga a la revisión de la literatura española y su justificación como saber metafísico.

La búsqueda de los aspectos marginados de la filosofía para constituir su método —acaso aquí haya una evocación del valor de las “ruinas”, tal como lo argumenta en *El hombre y lo divino*— constituye forma clara de demostrar que la inclusión de “lo exiliado” produciría un renacer salvífico del pensar. Porque exiliados lo han sido desde los órficos en adelante: Platón exilia a los poetas, Aristóteles exilia a los pitagóricos; la filosofía oficial exilia al senequismo y a la mística (2011, p. 101 y ss.). Zambrano quiere

recuperarlos a todos y explica largamente cómo las corrientes ahogadas del pensar reaparecen a costa de sus opresores en forma subrepticia y se activan en otras tardías e influyentes corrientes del pensamiento (Cerezo, 1991, p. 75). Una apología de verdades descubiertas de una vez para siempre — el orfismo es central— que revelan al ser humano lo esencial a sí mismo y que no pueden simplemente desterrarse.

El poeta no fuerza a la realidad ni le exige un resultado, sino que permanece en la admiración inicial. A diferencia del filósofo, que controla por medio del concepto, el poeta se aproxima a través del recurso metafórico. El concepto es una abstracción universal que niega lo particular; la imagen es extensión del lenguaje en busca de aproximarse, pero no circunscribir definitivamente, a la realidad (Zambrano, 2016, p. 87-89). Allí es donde se encuentran nuevas relaciones, formas de mirar desde afuera del sistema que ponen en juego la creatividad, la *póiesis* de la razón. Por eso, el poeta ama la realidad, porque siente piedad por ella, es decir, la integra sin fragmentarla, sin seleccionarla, con lo terrible y oscuro que pueda tener, con lo diferente y no sintetizable; la palabra poética es mediación en tanto acerca y honra lo otro, sin desterrar.

En 1937, en *Hora de España*, en torno a una publicación sobre Antonio Machado, aparece precozmente la idea de razón poética:

El pensamiento científico, descualificador, desubjetivador, anula la heterogeneidad del ser, es decir, la realidad inmediata, sensible, que el poeta ama y de la que no puede ni quiere desprenderse. El pensar poético, dice Machado, se da “entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos” (Zambrano, 1998, p. 171 y ss.).

La poesía y la razón, la imagen y el concepto, no se anulan, sino que se complementan; el concepto no alcanza a precisar la cosa en una definición homogeneizadora, antes bien, la reduce; pero la poesía tiene la capacidad de penetrar en lo invisible e íntimo de las cosas, que es heterogéneo y único. La razón poética viene a cumplir esa función: comprender sin excluir, y, para ello, tiene que amar lo otro, lo heterogéneo del ser.

Los planteamientos de la historia del pensamiento, excluyentes y selectivos, condujeron hasta un presente dominado por el totalitarismo; la propuesta zambraniana busca recrear, con la razón poética, los límites que se atribuyeron al mundo. Si sólo se considera realidad lo que es capaz de captar la razón científica, el mundo se simplifica en la materia. Zambrano pone en paralelo el pensamiento filosófico que nace del desgajamiento de la religión griega, con el proceso político de organización comunitaria y encuentra que la derrota del asombro inicial del filósofo en beneficio de su control sobre la realidad —la idea tiene que ser “una” para poder ser pensada— culmina en el atroz absolutismo nihilista del siglo XX, es decir, en su presente histórico. No simplifica la cuestión ideológica a meras preferencias de ideas partidistas, sino que intenta invalidarla por sus estrategias excluyentes: no hay verdad allí donde no se incluye toda la realidad, no se puede pensar una parte de lo real y considerarlo como absoluto.

En este punto, Zambrano profundiza la reflexión acerca de la piedad, la forma de traer lo extrañamente otro y distinto a consideración, a la consideración personal. Articula filosofía y política: si el pensamiento integrara las dimensiones del ser, en especial, aquellas desterradas por incomprensibles y

les dotara de algún lenguaje para su acercamiento —la imagen, la metáfora, la poesía— acaso la mirada hacia el mundo histórico, hacia las circunstancias en sentido orteguiano, adquiriría una amplitud genuinamente humana. De ahí, la necesidad de la democracia, no como opción de gobierno, sino como estilo de ser en la historia, como el respeto del Estado a la libertad de la persona (Zambrano, 2017, p. 42).

Si bien la noción de razón poética se configura de a poco y con la dificultad propia de tener que definir lo indefinible, la originalidad del término radica en que la cualidad “poética” en tanto “*poiética*” se revela como la nota básica; no se refiere a una adición, sino a la sustancia de la razón propuesta. Mientras Zambrano permanece en el exilio, quiere rescatar del silencio el lenguaje de la intimidad omitido por el absolutismo cientificista; el suyo es un proyecto ciclópeo, más aceptado por los poetas esperanzados que por los filósofos consagrados.

Notas finales

Hay correspondencia entre vida y obra: el existir se perfecciona en la palabra. La palabra no cumple mera función individual, sino comunitaria, cuando se entrega con compromiso ante la causa de la historia. Para Ricoeur, el exilio es más que una experiencia histórica o geográfica: constituye la condición misma de la existencia humana. Al inscribirse el exilio en el mito del paraíso perdido, adquiere una dimensión simbólica profunda, pues revela el drama esencial de la humanidad: haber nacido en la distancia de su origen y vivir en la nostalgia de una plenitud irrecuperable. Sin embargo,

esta alienación no es solo una carencia, sino también el motor de la historia, del pensamiento y de la búsqueda incesante de sentido.

El símbolo del exilio constituye el sedimento poético tanto en Alberti como en Zambrano. Puntos de partida personales, confluencias políticas, devenires históricos, regresos no reparadores, a pesar de las genuinas intenciones. Si vida y pensamiento son inseparables, las raíces de la vida acompañan siempre el desarrollo de las ideas. El exilio se confirma en un doble sentido: como pérdida del centro espacial en la vida y como pérdida del tiempo colectivo en la historia.

Zambrano sufre la salida de España, en su medida y con múltiples avatares. Como tantos otros, forma parte de los intelectuales dispersos por el mundo luego de la Guerra Civil. Pensar el duro exilio, sin duda, fortalece su legado intelectual. Así como Alberti, desterrado, despliega al poeta político y, luego, al poeta del *nostos*, Zambrano desterrada se expresa a través de la ideación de un método filosófico que, paradójicamente, postula la inclusión de lo humillado y descalificado por la historia del pensamiento. La filósofa busca el plano metafísico, más que el histórico, para combatir el estado de cosas y dejar una alternativa de restauración del pensar a quien quiera tomarla.

El sentimiento de carencia es el principio existencial, el marco trágico. El modo de pensar la ausencia no es lógico, sino poético, porque no se inicia fuera, en el tiempo o en el suceso, sino en la trama de la intimidad. Para que haya exilio, debe haber identidad y ésta ser insustituible; no importa cómo se corporice la intimidad —finalmente se trata de la forma del alma—, si en mar, en campo, en recuerdo de infancia, en vacío de horizontes, en agonía de seres amados. Pero eso aún no alcanza, porque la agonía constante

desensibiliza; la experiencia debe ser trascendida. Poéticamente, filosóficamente, humanamente trascendida.

De las situaciones personales, surgen legitimaciones históricas; sin proponérselo, el poeta Alberti cumple el presupuesto de la razón poética al centrar su mirada en lo singular y pasajero —su dolor por la patria mancillada y su pena por no poder habitarla— y recrearla en interminables imágenes que rodean, describen, gritan e insisten sobre la realidad transversal de la nostalgia. Su compendio poético asume el postulado de una razón mediadora entre lo inefable y lo racional, piadosa ante lo diferente, integradora del delirio que nace en lo oscuro. Zambrano se refiere en sus obras a autores como Azorín, Galdós, por supuesto, Unamuno y Machado, presididos por Cervantes, como aquellos que habían sido capaces de traer la voz del pueblo a los oídos de las masas para despertarlas a su identidad. Alberti, con su poesía de voces y dolores populares, despierta asimismo la conciencia histórica.

Nuestros autores revelan que el exilio es una exigencia grave; se padece porque vale como camino de comprensión. Por eso, el exiliado no es el protagonista exitoso de la historia, sino el marginal que avanza por las sombras, diciendo lo que no es fácil escuchar. Estar al margen exige siempre más fidelidad. Bajo estas condiciones, el exilio puede volverse patria y convertirse en cauce de identidad:

El exilio es el lugar privilegiado para que la patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exiliado ha dejado de buscarla [...]. Cuando ya se sabe sin ella, sin padecer alguno, cuando ya no se recibe nada, nada de la patria, entonces se le aparece [...] Tiene la patria verdadera por virtud crear el exilio (Zambrano, 2019, p. 62).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alberti, Rafael. *Antología poética*. México: Losada, 1998.

Balcells, José María. El viaje mítico en *Ora Marítima* de Rafael Alberti. *Estudios Humanísticos*. Filología, n. 27, p. 25-42, 2005. DOI: <https://doi.org/10.18002/ehf.v0i27.2703>.

Carvalho, Mayra Moreyra. Transcendente e histórica: a poesia de Rafael Alberti escrita durante a Guerra Civil Espanhola. *Caracol*, São Paulo, n. 11, p. 135-175, 2016. DOI: <https://doi.org/10.11606/issn.2317-9651.v0i11p134-175>.

Cerezo Galán, Pedro. De la historia trágica a la historia ética. *Philosophica Malacitana*, v. IV, p. 71-90, 1991.

Forneron, Ivan Martucci. Luis Cernuda e o Histórico de uma crítica. *Caracol*, São Paulo, n. 21, p. 320-348, 2021. DOI: 10.11606/issn.2317-9651.i21p320-348. Disponível em: <https://www.revistas.usp.br/caracol/article/view/173921>. Acesso em: 13 set. 2025.

García Hacón, Irene. Un ejemplar propio: El marinero en tierra habitado por María Teresa León. *Rassegna Iberistica*, v. 47, n. 121, p. 27-46, 2024. DOI: <https://doi.org/10.30687/Ri/2037-6588/2024/22/002>.

García Montero, Luis. La conciencia y la identidad: *Baladas y canciones* de Rafael Alberti. In: Ramos Ortega, Manuel; Jurado Morales, José (ed.). *Rafael Alberti libro a libro: el poeta en su centenario*. Cádiz: Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 2003. p. 353-367.

Kharitonova, Natalia Yu. Letter from Cuba: Rafael Alberti and María Teresa León in Havana. *Literatura Dvuh Amerik*, n. 8, p. 98-119, 2020. DOI: <https://doi.org/10.22455/2541-7894-2020-8-98-119>.

Lizaola, Julieta. *Lo sagrado en el pensamiento de María Zambrano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

- López Castro, Armando. El discurso elegíaco de Rafael Alberti. *Estudios Humanísticos. Filología*, n. 27, p. 119-137, 2005. DOI: <https://doi.org/10.18002/ehf.v0i27.2708>.
- Martos Carrera, Marco. El ángel de la melancolía: sobre Rafael Alberti y la poesía del exilio. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, v. 48, n. 48, p. 139-156, 2009. DOI: <https://doi.org/10.46744/bapl.200902.008>.
- Melero Mascareñas, Luis. Historia de la revista *Litoral*: José Bergamín, una presencia constante (1926-1984). *Caracol*, São Paulo, n. 21, p. 350-375, 2021. DOI: 10.11606/issn.2317-9651.i21p350-375. Disponível em: <https://www.revistas.usp.br/caracol/article/view/174744>. Acesso em: 13 set. 2025.
- Moreno Sanz, Jesús. Cronología de María Zambrano. In: Moreno Sanz, Jesús (ed.). *Obras completas*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014. v. VI, p. 47-126.
- Ortega Muñoz, Juan Fernando (ed.). *María Zambrano: raíces de la cultura española*. Madrid: Fundación Fernando Rielo, 2004. p. 187-308.
- Pagni, Andrea (ed.). *El exilio republicano español en México y Argentina: historia cultural, instituciones literarias, medios*. Bilbao: Iberoamericana; Vervuert; Bonilla Artigas Editores, 2011. p. 33-57.
- Pelosi, Hebe Carmen; Llopis, Enrique. Rafael Alberti: la deriva de un marinero en tierra argentina (1940-1963). Buenos Aires: Ediciones de Aquí a La Vuelta; CCC, 2017. *Estudios de Historia de España*, v. 17, n. 1/2, p. 279-281, 2017.
- Ricœur, Paul. *Philosophie de la volonté II: finitude et culpabilité*. Paris: Aubier, 1988.
- Sánchez Cuervo, Agustín; Sánchez Andrés, Agustín; Sánchez Díaz, Gerardo (coord.). *María Zambrano: pensamiento y exilio*. México: UMSNH; Madrid: Instituto de Investigaciones Históricas, 2004.
- Zambrano, María. *De la Aurora*. Madrid: Turner, 1986.
- Zambrano, María. “Lo intacto”. *Diario16. Suplemento “Culturas”*. Madrid, 12 de diciembre. 1987.

Zambrano, María. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza, 1987.

Zambrano, María. *Los intelectuales en el drama de España*. Madrid: Trotta, 1998.

Zambrano, María. *El hombre y lo divino*. Madrid: Alianza, 2011.

Zambrano, María. *Filosofía y poesía*. México: FCE, 2016.

Zambrano, María. *Isla de Puerto Rico*. Nostalgia y esperanza de un mundo mejor.
Madrid: Vaso Roto Ediciones, 2017.

Zambrano, María. *Los bienaventurados*. Madrid: Alianza, 2019.